

*O no hacer nada de eso / David Yeste*



*Colecciones improbables / Poesía*



“For I have been reading of Schroedinger's cat  
But none of my cats are at all like that.  
This unusual animal (so it is said)  
Is simultaneously live and dead!”.

**Cecil Adams**, *The story of Schroedinger's cat (an epic poem)*

*bicicleta estática*

### **Una empresa ha registrado**

el noventa y cinco por ciento  
del código genético del desconsuelo.  
Lo comunica su director, serio,  
en el plató de televisión,  
como una noticia de alcance planetario.  
Tiene el rigor de la inconsistencia  
y un fulgor sostenido e intermitente.  
Se basa, el descubrimiento,  
en la similitud de ciertos  
paraísos artificiales  
con algunas placas de ordenadores  
personales, o determinados  
complejos fabriles. La conclusión,  
afirma solemne, es del todo inexistente:  
son botones que abrochan piel  
con ojales de piel, es la esclerosis  
de la metáfora, contagiada  
a la multitud fractal y fragmentada,  
son los reflejos de las luces  
sintéticas que envuelven  
el aliento del telespectador.  
Se despide, recoge su informe,  
con la boca llena de insectos,  
colonias sin reina aparente  
ni modelo matemático:  
hormigas aladas ardiendo en la fachada,  
y nos emplaza a próximas noticias  
sobre el cinco por ciento restante.

**Escribir delante del espejo.**

No por verme mientras lo hago,  
por exponer el texto  
a ese territorio contrario  
e inhabitable.

No. Mejor escribir  
directamente en el espejo,  
suponiendo que es una ventana,  
o una pantalla. Imaginar  
el texto inverso, o codificado,  
o viajando por las redes  
para ser decodificado  
en un monitor remoto.

O no hacer nada de eso,  
y usar los espejos únicamente  
para lo que fueron concebidos:  
distorsionar nuestra mirada,  
saber si respiran los muertos  
y detectar a los vampiros.

**Una empresa anuncia en televisión**

un software generador de poesía.  
En un spot de veinte segundos enseñan  
el módulo de deconstrucción  
de la metáfora,  
los patrones *diferencia*® y  
*experiencia*®  
y las plantillas de *tarde lluviosa*,  
*abandono*  
y *regreso a tu casa deshabitada*.  
Una modelo sonriente señala la función  
para destruir todo rastro de lo escrito,  
y un texto huidizo advierte  
del consumo con moderación.

En el siguiente anuncio una funeraria  
ofrece convertir las cenizas  
de tu difunto en abono  
para una clase determinada de árbol:  
bosques periurbanos a partir de semillas  
alimentadas por muertos  
(el grupo empresarial es el mismo  
que diseña el software del spot anterior).

Cambio de canal y la pantalla muestra  
ahora  
un anuncio de lágrimas artificiales.

### **Escribir después de ver**

una noria ardiendo bajo la lluvia.

No: una única cesta de la noria  
en llamas, en un parque de atracciones  
en alguna ciudad del sudeste asiático.

Escribir desde el fuego de esa cabina.

Alguien lo grabó desde un automóvil,  
con su teléfono, y se hizo viral.

Escribir viral desde ese coche,  
desde la línea imaginaria que va  
desde ese teléfono hasta la noria.

Desde las otras cabinas, mientras  
sus ocupantes calculan las probabilidades  
de que el fuego se extienda  
a la suya. Desde el eje de la noria,  
sin apartar la mirada. Desde  
la extrañeza del fuego  
a pesar de la lluvia. Desde el motivo.

Escribir viral desde ahí,  
o no hacer nada de eso  
y respetar la función original  
de las norias: ser un blanco fácil  
para los ataques aéreos, y sacar agua  
de un pozo, con la ayuda de una mula.



**Una empresa**

ha patentado  
los planos detallados  
de un suceso:

cuando el mundo  
aconteció  
no había nadie  
allí  
para verlo.

### **Escribir una voz antigua**

de pie, desde lo alto de un muro  
que delimita dos espacios diferentes.  
Escribir el equilibrio para no caer  
a ninguno de los dos sectores,  
o en los dos simultáneamente.  
Escribir el paseo por ese camino  
de quince centímetros de ancho.  
Ver un niño a cada lado  
de ese muro, ocupados ambos  
en meter un brazo  
por el mismo agujero,  
cada uno desde su lado del muro.  
Escribir que parece que cada uno  
de ellos mete su brazo en el hombro  
del otro, de tal manera que,  
de no existir la pared,  
los niños parecerían  
dos hermanos siameses, soldados  
por el hombro o el antebrazo.  
Escribir hermanos. Escribir soldados.  
No escribir nunca más siameses.  
  
O no hacer nada de eso, y dejar  
que los muros hagan su función:  
defendernos de los campos,  
defendernos de los hermanos  
y eliminar todos los horizontes posibles.

**Una multinacional —japonesa, creo—,**  
acaba de descubrir la fórmula exacta  
para disociar lo bello de lo terrible.

Algo así como la piedra  
antifilosofal.

Tal y cómo algunos temíamos  
parece tener que ver más con lo inacabado,  
con el extrarradio y los bordes difusos.  
Con la contaminación, incluso.

Los nipones no han desvelado  
todos sus cálculos  
pero todo apunta a que conservan  
una muestra del ADN de Rilke.

Fuentes oficiales apuntan  
que la aplicación práctica  
de tal revelación  
—su inevitable, por otra parte,  
comercialización— resultaría  
en una liberación tal de desconsuelo  
que seríamos incluso capaces  
de escribirlo.

La parte positiva,  
en opinión del equipo investigador,  
es que todo el oro se transmutaría  
en hierro vulgar y afilado,  
muy útil para otros propósitos.

**Escribir con la pluma en la mano izquierda,**

y en la derecha, sostenido en alto,

el gotero, la tinta, el calmante y el placebo.

Escribir transfusión y calcular la longitud  
de la línea escrita y de su intermitencia.

Escribir el procedimiento de la sutura

y unir los puntos de las incisiones,

como en los pasatiempos de los suplementos

dominicales. Escribir seguir los puntos,

escribir administrar otra dosis

del estupefaciente y que la tinta viaje

del depósito a la vena y de ahí al bosque

de trazos y de trampas y de semillas huera.

O no hacer nada de eso, y reservar la cirugía

para sus objetivos primordiales:

amputar miembros y recuerdos inservibles,

y certificar la ausencia de latido

en las alcantarillas o en las sienas.

### **Una corporación transnacional**

ha decidido hacerse con todas  
las reservas mundiales de indecisión.

Su objetivo es congelar esa incertidumbre  
con determinación líquida —menos mil  
grados centígrados— hasta conseguir  
una generación de humanos  
inasequible a la duda,  
inmune al calambur o al titubeo,  
un ejército que lo tenga todo claro.

Que acierte siempre.

Que crea siempre haber acertado.

No es una inversión baladí:  
llegado el momento en que todos  
clamen por una mínima vacilación  
(aterrados por el hielo y por la firmeza),  
la empresa administrará minúsculas dosis,  
facturándolas a precios prohibitivos.

Por eso me he encerrado en casa.  
Sentado. Con el rifle sobre las rodillas.  
Para defender mis dudas, todas,  
con todas mis fuerzas.

O tal vez por otra cosa.

**Escribir el cuerpo. Un cuerpo.**

Escribir en el cuerpo.

En tu cuerpo. Digo escribir  
y no dibujar, ni capturar el cuerpo  
con algún dispositivo fotosensible.

Me refiero a escribir  
en, para y por el cuerpo.

Escribir en las alas y en el resto  
de extremidades. Escribir  
en la frente y en el sexo  
y en la piel liviana del párpado  
y en el hueco de las manos.

Escribir en los dedos  
que están escribiendo.

Construir el cuerpo al tiempo  
que se escribe y escribir,  
también, el tiempo del cuerpo.

Escribir en tu espalda con las yemas  
y borrar todo con la palma  
cuando ya no quede sitio para seguir  
escribiendo el cuerpo.

O no hacer nada de eso,  
y dejar que el cuerpo haga  
lo que saben hacer los cuerpos:  
escribirnos.

**Leo alarmado la noticia**

de que un equipo de investigadores  
de una prestigiosa universidad  
ha descubierto  
cómo tiene que ser.

Testigos presenciales aseguran  
que han destruido  
todas las pruebas y registros  
con gran alborozo,  
y que, luego han abandonado,  
desnudos y sonrientes,  
las instalaciones, cada uno  
por su lado.

Otro equipo ha sido,  
de inmediato, encargado  
de reconstruir el desastre  
y retomar el proyecto.

Yo sigo visitando todos los bares  
por si doy con alguno de ellos.

**Escribir, aleatoria**

la lluvia en la ventana.

Componer letras, palabras,  
con las gotas y su rastro.

Un lugar común y visitado.

Pasar luego el resto del día  
intentando averiguar  
el significado.

Barajar diversas posibilidades.

Rezar por que siga lloviendo  
para que el texto sea  
móvil, cambiante,

inaccesible,

a cualquier interpretación.

Escribir, aleatoria, inaccesible,  
cualquier interpretación  
de la lluvia.

Hasta que escampe.



### **Una empresa de recursos humanos**

proporciona, para personas desengañadas  
—y a un precio nada razonable—  
ese típico personaje de comedia romántica,  
o de drama realista y urbano, que te asalta  
en tu soledad, de manera fortuita,  
y piensas que sí, que bueno, que parece  
que podría funcionar, y mientras  
mantienes, escéptico, las distancias,  
ese característico se propaga  
como un virus o una acequia desbordada,  
y te vas encariñando, te acercas, te dejas,  
y el personaje, pasados unos días  
de fuegos artificiales, se va, te deja  
desaparece, te hunde en el hielo  
y en la miseria, en un abismo mil veces  
más profundo al del estado inicial del usuario,  
(no hay prórroga posible en esos contratos)  
dejando otro cadáver en el armario  
de la memoria, otra herida para engrosar  
la armadura.

Eso, o lo que surja S.L.

**Escribir tu nombre es cribar**

todas las posibilidades  
excepto una. Es gritar  
*aquí tienes mis manos* —mientras  
alguien canta de fondo—, *son*  
*todo lo que tengo*. Escribir  
tu nombre o el nombre de la noche  
es quemarse en una fe sin dios,  
en una luz sin calor, en un  
infierno sin abismo ni lava.  
Escribir el nombre de la noche,  
o el tuyo, es creer en el papel  
como sparring de la caricia  
y de la herida, como mapa  
de la ventura o de la desgracia.  
Escribir tu nombre y, al lado,  
el de la noche, es conservar  
el tacto en el brazo amputado  
y conservar la visión de las torres  
mucho después de su hundimiento.

### **Una gran corporación**

del sector de las infraestructuras  
afirma haber diseñado una palanca  
capaz de mover el mundo.

Sostienen estar ultimando,  
tras un corto periodo de pruebas,  
el punto de apoyo definitivo.

Más allá de la verosimilitud  
de la noticia, yo creo  
que camino algo más escorado  
desde hace unos días,  
y sólo me alivia la inmersión  
en cualquier fluido.

### **Escribir el silencio**

con los labios cosidos y las manos  
enguantadas con tela de piel  
de cielo de la boca.

Escribir, del mundo, el silencio mudo,  
antes de la luz y el agua.

Escribir la ausencia de sonido,  
de queja y de diástole. Escribir  
el silencio del pan  
fecundándose en el fuego.

Escribir con el silencio  
en el lomo del mar estancado,  
escribir ese momento previo y silente  
de una gota de rocío vibrando  
en la telaraña, escribir desde la casa  
hermética y deshabitada. Escribir  
antes de la digestión y la lágrima.

O no hacer nada de eso,  
y emplear el silencio  
para lo que fue concebido:

ser lienzo para la música  
y abono para el sabio y el difunto.

### **Una empresa dedicada**

a la investigación en biotecnología  
acaba de descubrir  
huellas dactilares artificiales  
de fácil aplicación. Así,  
el cliente podrá disfrutar  
de la sensación de haber sido tocado.  
Dichas huellas, comentan,  
desaparecerán del cuerpo,  
con la higiene habitual,  
al cabo de pocos días,  
pero permanecerán mucho más  
en la memoria.  
Antes de su comercialización,  
centran sus esfuerzos  
en evitar que su producto  
pueda ser empleado  
como falsa prueba  
en cualquier escena del crimen.

**Escribir sobre el daño, y no sobre el dolor,**  
escribir sobre el daño entendido  
como las ruinas del edificio después  
de la hecatombe del dolor. Escribir, pues,  
sobre el daño que ya no duele, que es dolido  
en un tiempo lejano o inmediato, que es daño  
doliente pero no doloroso, que solo atañe  
al tacto y a los ojos vueltos hacia dentro.  
Escribir el daño que se abrocha  
a la memoria como un cuero viejo y descolorido.  
Escribir para medir el daño, para establecer  
la escala, para calcular el esfuerzo  
necesario en la reconstrucción.  
Escribir el daño como un hijo que crece,  
que curiosease y pregunta por el dolor  
y por la causa. Escribirlo como un depredador  
que caza sin remordimiento y sin prisa.

O no hacer nada de eso y sentarse en el daño  
como quien se sienta en un banco del parque,  
como quien lee con la yema de los dedos  
un braille escrito de cenizas y cicatrices.

### **El CEO de una importante**

empresa multinacional  
dedicada a la industria  
armamentística,  
ha declarado su intención  
de suicidarse en directo.  
Ha dado, a tal efecto,  
precisas indicaciones  
sobre el lugar y la hora exacta,  
así como sobre el procedimiento:  
apunta que usará un revólver  
de gran calibre,  
con el que se disparará  
en la sien.

Aunque los medios aseguran  
que en realidad es una treta  
publicitaria — con el fin  
de promocionar el nuevo modelo  
de revólver en cuestión,  
así como la capacidad  
destructiva de las nuevas balas—,  
todo apunta a que la emisión  
batirá todos los récords  
de audiencia.

**Escribir para ser, un poco menos,**  
un muerto en cómodos plazos.  
Escribir para adecuar, mientras escribo,  
el tempo del metrónomo y de la síncopa.  
Para ajustar las cuentas, escribir,  
con el cosmos, con ese pedazo ínfimo  
de cosmos, que nos envuelve  
y nos aísla. Para aliviar el sedimento.  
Escribir para dejar constancia  
de todas las estaciones  
de la cuenta atrás. Escribir  
para entrar hace diez años, en silencio,  
en el cuarto de mis hijos,  
para ver si duermen. Escribir  
para entrar esta noche, y que ellos  
comprueben si soy, aún,  
capaz de dormir.

O no hacer nada de eso  
y usar únicamente los relojes  
de la manera que nos enseñaron:  
para que nos avisen de lo que nos queda,  
para advertirnos de lo que nos espera.



### **Una empresa de seguros**

asegura ofrecer una póliza  
en la que quedan suspendidas  
todas las pequeñas  
catástrofes cotidianas.

Según su pliego de condiciones  
ya no se fundirán más bombillas,  
ni reventarán las ruedas  
de tu automóvil, ni siquiera  
caerá al suelo  
aquel vaso medio lleno.

Sin embargo, en la cláusula  
titulada como *incertidumbre*,  
avisan de que, a cambio,  
la aseguradora se cobrará  
con alguna hecatombe cercana  
y profundamente desgarradora  
para el tomador.

Una nota al pie advierte  
al usuario que dicha póliza que,  
a pesar del parecido,  
nada tiene que ver  
con religión alguna.

Ni siquiera con cementerios  
de neumáticos ardiendo  
eternamente.

**Escribir para desurbanizar el cielo,**  
para descolonizar el espacio, para  
borrar todas las estelas de los aviones.  
Escribir para confundir los planos  
de los rascacielos que se alzan en la nube.  
Para borrar nombres del censo planetario.  
Para equivocarse, escribir, las órbitas  
de los astros y de los planetas.  
Y para corregir los ejes y las rotaciones.  
Escribir para que la luna no influya  
casi nada en las mareas,  
ni en las cabezas de los descerebrados.  
Escribir para que los cuerpos celestes  
sean mucho menos magnéticos  
y mucho menos predecibles.

O no hacer nada de eso,  
y seguir bebiendo en mangas de camisa,  
descontando las pocas estrellas  
que se asoman esta noche a mi terraza,  
a pesar de las luces amarillas de la calle.

### **Una prestigiosa empresa farmacéutica**

afirma disponer de una piel sintética  
con la cual, parece ser, se borrarán  
los estragos del tiempo o de los accidentes.

Toda una revolución para el campo  
de la estética, en forma de película  
adhesiva aplicada sobre las heridas,  
sobre cualquier tipo de arruga.

Durante la presentación del milagro  
tecnológico alguien, entre el público,  
pregunta si esa piel posee memoria:  
si recuerda la lluvia, las manos, el frío,  
el sudor, la hoja amenazadora,  
o el estremecimiento de la añoranza.

Los doctores se miran los unos a los otros,  
parecen incómodos con la pregunta.

Recogen sus informes, y abandonan la sala  
a toda prisa, entre un revuelo  
de confetis y portazos.

**Escribir por la vocación del zahorí,**  
por el eco de la corriente subterránea.  
Escribir para saciar la sed insaciable,  
para combatir la sequía, para  
contagiarse de la condensación.

O no hacer otra cosa que eso,  
de no ser algo que contribuya a la lluvia,  
al rocío, a la ola o, como poco,  
al vaho en los cristales.

*simulador de vuelo*

# I

Señoras y señores pasajeros:

Es posible que durante el trayecto  
experimenten cierta sensación  
de ingravidez.

No se alarmen. Déjense envejecer, oxidar,  
permitan que esa ligereza les invada,  
como cuando fueron antes leves  
y subacuáticos. No teman por la ausencia  
de eco o de consuelo.

Por una vez, en mucho tiempo,  
no estarán en un lugar, sino rodeados  
por un lugar, siendo ese lugar.

Así que, respiren lo que les envuelve  
y, sobretodo,  
no se desabrochen los cinturones  
hasta que la levedad desaparezca  
y vuelvan a ser ustedes  
tan graves como acostumbran.

Nuestro personal de cabina,  
entretanto,  
sostendrá los carretes y los sedales.

## II

Aviso a la población:  
ante la inminente amenaza  
de epidemia de placebo  
las autoridades sanitarias  
advierten que todos  
los usuarios deberán  
permanecer confinados  
en las zonas de tedio,  
atentos a las pantallas.  
Todo aquel que no atienda  
a su actualización  
de software, o cualquiera  
que manifieste su vocación  
de pájaro o de caricia  
o de camino o de noray,  
será reducido de inmediato  
y conducido a los espacios  
habilitados para reintegrar  
su nimiedad habitual.  
Una vez hecho el recuento  
se darán por inauguradas  
las hostilidades.  
Esto no es un simulacro.

### III

Por inminente expansión  
internacional  
de nuestra firma,  
se precisa guionista  
de atardeceres, escultor  
de tormentas y cosechador  
de lluvias. El/la candidato/a  
deberá acreditar experiencia  
solvente en derrotas,  
y que su naufragio ilumine  
todo, cuando ya nada arda.  
Imprescindible buena presencia  
de huellas dactilares  
en todas las cicatrices,  
y de rastros recientes de sal  
en los conductos lacrimales.  
Se valorarán las suelas gastadas  
y las hebras de carne  
entre los dientes.  
Interesados/as, lancen al mar  
una carta dentro de una botella,  
después de vaciar su contenido  
en su propia garganta.  
Absténganse indiferentes.



#### IV

Por no poder atender,  
se traspasa metáfora.  
Como nueva, casi  
sin uso, sólo  
algunos arañazos  
en los bordes.  
Situación inmejorable,  
amplia, con vistas  
a todos los puntos  
cardinales  
excepto el tuyo.  
Precio a convenir.  
Interés variable.  
También  
en incómodos  
plazos.

V

Para cocinar  
una despedida  
en su propio jugo  
es necesario conseguir  
un abandono afilado,  
fresco  
y en buen estado.

Los que parecen cercanos  
a la irreversibilidad  
dan excelente resultado.  
Aun raros. Aun, más, caros.

Después de desollarlo  
y escaldarlo unos meses  
en orgullo abundante,  
báñelo unos minutos  
en abundante  
aceite de desasosiego.

Una vez dorado  
trinche y sirva  
de inmediato —o de ejemplo—  
en forma de cama vacía,  
acompañando con las esquirlas  
del propio plato roto.

Siempre en ración  
para uno.

Solo.

## VI

Los pasos necesarios  
para mantenerse en pie  
son pocos, simples,  
pero hay que ejecutarlos  
con extrema precisión.

(al fin y al cabo, el mundo  
es una piedra que cae  
mientras gira, y el suelo  
una cubierta inacabable  
que se balancea sobre el mar).

Debe uno observar  
los quehaceres de la fruta.  
Es decir: crecer, madurar,  
oxidarse y perder el azúcar  
antes de alcanzar, sucesiva  
e inexorable, la podredumbre.  
Claro está, uno puede  
precipitarse desde la rama  
aun verde. O desear ser picado  
por las aves, y albergar  
la esperanza de alguna semilla  
en sus vientres voladores.

Tomar, también, el empeño  
del camino del árbol:  
hacia arriba y hacia abajo  
y hacia todos los lugares  
a su alrededor, con el único  
propósito de sedimentar  
sombra sobre las sombras  
y especular la relación  
entre la raíz y la copa.

Finalmente, la mecánica  
de la bicicleta debe  
ser tomada en cuenta.  
El pedaleo sin descanso  
es más necesario que el freno,  
la rodada, imprescindible  
para el equilibrio. O el punto  
de apoyo cuando cesa el empuje.

Todo eso, además  
del minúsculo océano  
encerrado en cada uno  
de nuestros oídos.

## VII

Por la presente, el cuarto  
oscuro en el que se almacena  
el odio (interior, 14 m<sup>2</sup>),  
expone su voluntad de secesionarse  
de la casa callada como enfermo  
al que su dolor ya no le urge.

Así pues, reunidas las partes,  
a las tres de la madrugada  
de un lunes de insomnio,  
la dependencia manifiesta su sentir,  
similar —afirma— a las bolsas  
de plástico ondeando  
en la valla metálica  
en una tarde de temporal.  
Amenaza, pues, con adquirir  
unas ruedas cualesquiera y,  
ya en forma de carronato, huir  
por un camino aleatorio.

La casa, por su parte,  
ante la suposición de vacío  
doble y redundante, se sacude  
el polvo de las solapas  
de su traje caro, y se compromete  
a proporcionar ventana por la que  
los campanarios hinchen las velas  
con vientos de bronce, además  
de volver a trasladar,  
al susodicho cuarto, el piano  
que otrora moró su rincón  
más septentrional.

Satisfechas las partes,  
y tomando pacto de seguir  
ambas siendo una, concluye  
esta reunión en mi menor.

Y, para que así conste, yo,  
la escalera del edificio,  
lo firmo en la fecha  
arriba indicada.

## VIII

Uno:

Atornille todas las dudas  
a los plafones de incerteza,  
según el diagrama  
adjunto.

Dos:

Coloque las baldas  
de incertidumbre  
en sus alojamientos mudos.

Tres:

Asegure los encajes perplejos  
de la parte trasera.

Cuatro:

Rellene los espacios  
con cada una de las ocasiones  
en las que prefirió  
no decir nada.

Cinco:

Ubíquelo en su rincón  
favorito,  
y disfrute de su silencio  
recién montado.

## IX

Aquí yace un tipo normal. Un hombre  
que contagió su desolación a los aviones.  
Un hombre que manchó de luz  
el horizonte, con sus ojos entornados.  
Alguien que fue durante un tiempo  
como fueron los hombres antes  
de que el hombre olvidara a los caballos,  
Yace aquí un hombre que quiso  
y no quiso irse, que señaló  
con su dedo tembloroso las estrellas  
y las líneas que unen las constelaciones.  
Un tipo con vocación de pozo de agua,  
de poco de tregua, de trozo de lengua.  
Un hombre, como todos, hecho de pulso  
y de ceniza. Hecho de sangre,  
de nervio y de pavesas de humo  
que huyen por las horas de la tarde.  
Aquí yace un hombre hecho de cauce seco  
de un río extraviado. Aquí yazco yo,  
en el párrafo escrito en el trozo  
de lápida que queda bajo la hierba.



## X

Según fuentes  
oficiales  
todo apunta  
a que  
hubo tres muertos  
cuando cayó la tarde,  
a plomo,  
detrás  
de los edificios.  
También, dos heridos  
de cierta  
consideración.  
Y tú,  
ni un solo  
rasguño.

## XI

Para afilar un cuchillo  
hay que pasar la piedra  
siempre en el mismo sentido.  
Desde el mango hasta el extremo,  
en dirección contraria  
a la puñalada.  
No se debe perder el camino  
ni el empeño, ni dejarse  
deslumbrar por el brillo.  
Hay que concentrarse en el filo,  
para amolar un cuchillo,  
y se le debe hablar despacio  
de la herida, del sendero  
de la carne y de todos  
los tajos posibles. Es  
imprescindible que el corte  
sea limpio, pensar la piedra  
y el acero y el roce  
y la chispa y el chirrido.  
Sin embargo, los cuchillos  
mellados  
dejan cicatrices más duraderas.

Pero estoy seguro  
de que tú ya sabes  
a lo que me refiero.

## XII

Las manchas que la arena  
deja en las sábanas  
hay que lavarlas en frío.  
Como si fueran de sangre.  
Dejarlas en remojo, pedirle  
al agua el empeño de la carcoma  
royendo en la madera  
sus certezas.  
Tenderlas luego, exponer  
la pluviometría del sudor  
y de la sal, al sol de mediodía.  
Y dejar que se vele  
el nitrato de plata  
doméstico y sinuoso:  
foto en blanco sin mácula,  
claroscuro, bandera callejera  
ondeando entre el laberinto  
de los andamios. Una vez limpias,  
ya sabes, el rastro de la ola,  
el cerco de la mancha,  
solo habita, indeleble,  
en la memoria, y en sus dobleces  
precisos y crujientes  
de plancha, almidón y azúcar.

### XIII

Casi desesperado  
busco un tutorial  
para poner, yo solo,  
la funda del edredón.  
El mejor consiste  
en extender la funda,  
vuelta como un calcetín,  
sobre la cama, y encima,  
como una segunda piel,  
el relleno. Luego,  
se trata de enrollar  
ambas capas, una dentro  
de la otra. Finalmente  
se deshace el carrete,  
al revés, por la abertura.  
Y, al estirar, la cama queda  
herméticamente desierta.

Otros vídeos muestran  
cómo fabricar bombas, cómo  
espiar a tus vecinos,  
enseñan cómo dominar  
el mundo, o cómo destruirlo.

Ningún tutorial explica,  
desgraciadamente, cómo  
echar menos de menos  
cuando poníamos, entre dos,  
la maldita funda  
al maldito edredón.  
Y apenas duraba un minuto.

*air guitar*

**Prueba esto.**

Cierra los ojos. Siéntate  
con la espalda recta. Separa  
un poco las piernas, y alza  
tu mano izquierda,  
como sosteniendo algo,  
con los dedos extendidos  
y el pulgar hacia a ti

Con el brazo derecho  
abraza un cuerpo imaginario,  
como cogiendo por la cintura  
a ya sabes quién, de manera  
que la palma quede un palmo  
por delante de tu ombligo.

No es necesario  
ser demasiado preciso.

Siéntete ahora pulsando  
seis supuestas cuerdas vocales.  
Y ya está. Ya tienes  
tu guitarra de piel de aire  
y costillas de mentira.

Estás tocando una guitarra  
que no está, pero está  
sonando en su inexistencia.

Está en ese querer estar  
de los acordes y las melodías  
que rebotan desde el hueco  
de tu pecho hasta el fantasma  
del instrumento.

Aunque nunca hayas tocado una,  
lo creas o no,  
de una manera muy pareja  
se construyen los recuerdos.



### **Las cosas tienen esa extraña vocación**

de sobrevivirnos. De mirarnos  
desde su inercia inocente y estática.

Tienen la habilidad de perdurar, de ser  
siempre, y eternamente, eso: cosas.

No hablan de la muerte, pues, las cosas,  
no les preocupa la fractura, la falta  
de latido o la combustión espontánea.

Incluso rotas, siguen siendo cosas.  
Cosas rotas desde sus grietas,  
sus añicos o sus restos calcinados.

Aún proyectan sombras, esas cosas,  
si la luz y la geometría les son propicias.  
Y propician con sus formas, por contraste,  
el negativo de las horas y del vacío.

Nos obcecamos en poseer las cosas,  
con el pertinaz denuedo del pesimismo.  
Pero sólo alcanzamos a nombrarlas.  
Y hacemos bien: mientras no estamos  
nombrando las cosas

somos casi  
tan cosas como ellas.

Y ellas, nada,  
si no son nombradas.

**Una botella es una lupa**

es un catalejo  
es el recipiente de un mensaje.

Una botella rota  
es la base fundacional  
de un caleidoscopio.

Una botella es un contenedor  
de brillo y de promesas, es una  
caja fuerte para el alma.

Una botella rota  
es un arma blanca  
y translúcida, es  
la metamorfosis de la arena.

Una botella es una casa  
es un cuerpo es  
un chaleco salvavidas.

Una botella rota es vidriera  
de catedral descomponiendo luz  
y charco de vino perfumando la acera.

**La cubierta de un libro no es un cartón brillante,**  
sólo es la puerta de un jodido laberinto:  
a veces hay que dejarse perder, otras,  
es mejor dar un portazo y pillarse los dedos.

La tapa del libro es una suerte de balsa  
para escapar de las tormentas de las islas desiertas,  
o un bloque de cemento anudado a los zapatos.

Casi se parece más a la tapa de un ataúd.  
Mejor aún: al tablón que cierra la caja  
del viejo gato de Schrödinger, y todo su mecanismo  
de incertidumbre.

**Cosificamos.**

Cuando no sabemos responder  
a una pregunta, cosificamos:

- El amor es una cosa que...
- La soledad es algo que...
- La noche me da una cosa...
- ¡Qué cosas tienes!

Cosificamos

la lluvia y la niebla  
y el frío, en el paraguas,  
los faros y el termómetro.

Cosificamos

el yo en el espejo, y el otro  
en el píxel, en el teléfono  
y en sus aledaños. Daños.

Cosificamos

para que el miedo nos quepa  
entre las manos. Para poner  
números en las dimensiones  
inconmensurables.

Cosificamos, si,

para recomponer las cosas rotas,  
mirando hacia otro lado, para que  
nadie lo vea, para que ni siquiera  
las cosas se den cuenta.

**El cuerpo es una cosa.**

Es la cosa. Es un envoltorio  
que encierra una multitud  
de fluidos salinos  
y de aire, y de hebras.

Y de cañerías.

Las cañerías y las cuerdas  
también son cosas. La piel  
es un recubrimiento, un barniz  
casi hermético, con ocho  
o nueve orificios  
—según el género—,  
descontando las heridas.

Un mar cautivo, dentro  
de un pellejo cosido.  
Pero sujeto a mareas  
y a tempestades.

El cuerpo es una cosa  
dividida en cabeza,  
tronco y extremidades  
que nos alzan sobre  
todas las cosas.

Unos minúsculos poros,  
y las reacciones eléctricas,  
nos permiten relacionarnos  
con las otras cosas.

**Voy a decirte**  
un par de cosas.

Una:

no se me dan bien  
estas cosas.

Dos:

las cosas son como  
somos.

Tres:

así.

**Prueba esto:**

Cierra los ojos e intenta  
reconocer el ruido  
que hacen las cosas  
cuando caen.

Puedes hacerte una idea  
aproximada de la altura  
de la caída, del material  
del cuerpo. Incluso  
de los efectos del impacto.

Por el sonido  
del aterrizaje, intenta  
determinar la rotura,  
calcular el daño, la longitud  
de la grieta, el tamaño  
de las astillas. O,  
si tal fuera el caso,  
la condición de ilesa,  
de indemne, de incólume,  
de la cosa que cayó.

Ahora separa toda esa  
multitud de sonidos,  
de las cosas que los emitieron.

Aplicálos a procesos  
que operen en tu interior:  
cosifica el latido, la ira,  
el aliento, el abandono,  
la hemorragia, el miedo,  
la digestión de todo eso...

Verás que es más fácil  
de lo que parece.

Y las fracturas, casi  
no duelen.



**Prueba esto:**

amontona en un rincón  
todas las cosas que posees.  
Separa a un lado  
todo aquello que sea  
combustible. Préndelo.  
No te acerques demasiado.  
O sí, tú verás.  
Mientras la pira arde,  
arroja el resto de cosas  
por la ventana. Avisa  
a los transeúntes:  
para que se aparten,  
o para que recojan todo  
lo que les sirva. Luego  
arroja las cenizas  
por la ventana, lanza  
la propia ventana  
por la ventana. Siéntate  
en el suelo, con las manos  
y las sienes manchadas  
de hollín, y comprueba  
lo grande que parece ahora  
tu casa.

Ahora, si te atreves,  
haz lo mismo  
con tu cabeza.

**A veces desnudo de fractura para abajo,**  
otras blindado, de epidermis hacia arriba.

Siempre rebozado en el aire moribundo,  
casi nunca descalzo de zapatos y tachuelas.

En ocasiones armado de manos y de almas,  
constantemente firmadas la rendición  
y la promesa.

Ya veis: poca cosa.

**En todas las ciudades**

existen esos lugares  
algo clandestinos,  
algo incivilizados,  
en los que los habitantes  
suelen abandonar  
sus propios escombros.

Yo soy, creo,  
todos esos lugares.

A veces.

Ya veis, qué cosas.

**Lorem ipsum dolor sit amet, sólo consecetur adipiscing elit,**  
sed do eiusmod tempor incididunt *me* ut labore et dolore magna  
aliqua. Ut enim ad minim veniam, quis nostrud exercitation  
ullamco laboris nisi ut aliquip ex ea commodo consequat. Duis  
*quedan* aute irure dolor in reprehenderit in voluptate velit *estas*  
esse cillum *cosas*: dolore eu fugiat nulla pariatur. Excepteur *tu*  
sint occaecat cupidatat non proident, sunt in culpa qui officia  
*retrato* deserunt mollit anim y id est laborum *seis* lorem ipsum  
dolor sit *chinchetas*: amet, consecetur adipiscing *cuatro* elit, sed  
do *para* eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna  
aliqua. Ut enim ad minim veniam, *colgarlo* quis nostrud  
exercitation ullamco laboris y nisi ut aliquip las ex ea commodo  
consequat. Duis otras aute irure dolor *dos* in *más* reprehenderit  
in voluptate *para* velit esse cillum dolore eu fugiat nulla  
pariatur. Excepteur sint occaecat cupidatat *mis* non proident,  
sunt in culpa qui officia deserunt mollit anim id est *ojos*  
laborum.

**Las cosas chocan contra**

otras cosas, produciendo  
unos efecto que ahora  
no me apetece enumerar.

También se atraen, gravitan,  
se repelen, como si estuvieran  
colgados de unos hilos  
invisibles. Nada

parece indicar que vayan  
a dejar de hacerlo.

Incluso entra dentro  
de lo probable que algo  
choque contra el planeta,  
o éste con algo mayor,  
acabando así con todo,  
o eliminando, al menos,  
las primeras capas.

Mientras tanto,  
nosotros seguimos especulando  
con nuestros choques fortuitos,  
y con hilos invisibles  
a los que agarrarnos.

**Prueba esto:**

acércate a la playa más cercana.

Descálzate. Camina  
los metros necesarios  
para que el mar te llegue  
a las rodillas. Más o menos.

Permanece ahora atento  
a los reflejos de los añicos  
del agua. Observa esa piel  
translúcida y cambiante.

Cuando te sientas preparado,  
sumerge tu mano más diestra  
—tan rápido como puedas—,  
cierra el puño, presto,  
y atrapa sin piedad  
aquella lágrima maldita que nunca  
debiste haber vertido.

Con mimo de joyero  
sostenla entre tus dedos,  
mírala al trasluz,  
calcula su salinidad y el rastro  
de su viaje oceánico.

Finalmente, decide  
si la engarzas en una suerte  
de relicario, para conservarla  
con el resto de tus cosas,  
o, por el contrario, la liberas  
con sus infinitas hermanas.

**Una bombilla fundida es una fruta huera**

en la que crece la noche. Permanece  
colgada, inmóvil, tornando la electricidad  
en tiniebla. Incluso de día  
acciono, ofuscado, el interruptor  
para que la penumbra inunde el cuarto  
y yo pueda —después de limpiar  
los restos de luz de su corteza—  
morder la piel de cristal y la pulpa oscura,  
hasta el filamento.

La digestión de ese alimento  
es una cosa extremadamente curiosa.

*hierba artificial*



**Te digo que pisamos, casi sin darnos cuenta,**

con nuestros pies descalzos, por encima  
de un compuesto plástico coloreado: una formación  
de tallos y hojas que asoman por encima  
de un manto granulado, diseñado para parecer  
una hierba capaz de sobrevivirnos a nosotros  
y a todas las generaciones venideras.

Te digo que alguien se dedica, casi a diario,  
a regar esa superficie, para insistir  
en el trampantojo; tal vez crean que crecerá,  
que enraizará. Te digo, aunque ya seguro sabes,  
que he visto al mismo tipo aplicando,  
en los bordes de esa superficie, algún tipo  
de herbicida. Matando la hierba natural.

Me dices que se verá verde aunque no llueva,  
que los hijos de nuestros hijos la verán  
del mismo modo. Te digo que el plástico  
de nuestros zapatos y el de la hierba son casi  
la misma cosa, y te digo que quedamos doblemente  
aislados del suelo y del magnetismo. Y ahí estamos,  
te digo, los dos, abrazados sobre la hierba  
artificial, preguntándonos tal vez  
sobre la artificialidad del abrazo,  
de la ropa, o de la ropa interior, o de la piel,  
o de lo que quiera que haya en el interior  
de la piel. Te digo que acaricio esa hierba  
como quien acaricia el lomo de un animal  
paciente y silencioso. Me dices que cuesta

distinguirla de la verdadera. Te digo que sí,  
que seguro que han pensado en todo: que bajo  
las hojas alargadas que apuntan al cielo,  
sobre el mantillo de caucho molido, se afana  
un ejército de insectos sintéticos: hormigas  
metálicas, caracoles de cerámica y escarabajos  
de plástico negro y mate, animados por baterías  
inagotables, impermeables. Te digo incluso  
que ingenieros y botánicos calcularon la exacta  
flexibilidad de las briznas, para que cedan al viento,  
o a mi mano, y luego se incorporen despacio,  
coordinadas como un ballet bien ensayado.  
Alguien que pasa —yo mismo, que paso, a lo lejos—  
grita —me grito— que la hierba artificial  
es un objeto artístico ¡Cómo el retrete de Duchamp!,  
dice —me digo—. *Arti-ficial*. Tomo tu mano  
para no perder el equilibrio, como si tu mano  
fuera lo único real en diez millas a la redonda.  
Te digo que, en el campo contiguo, están instalando  
más hierba artificial. Hay un plan secreto  
de todos los gobiernos para convertir el mundo  
en una gran alfombra verde de hierba sintética,  
excepto en el asfalto de las carreteras  
y en el fondo de los mares, que acabarán  
revestidos de pequeñas baldosas azules  
y rectangulares. Te digo, pues, que unas máquinas  
vagamente parecidas a las apisonadoras  
extienden rollos de hierba, en paralelas  
anchas y perfectas. Detrás, un ejército  
de operarios —tú, yo, él, nosotros—  
se encarga de que no se noten las juntas.  
Te digo que nosotros mismos ocultamos la sutura,

disimulamos la costura, y luego nos convencemos  
—tú, yo, él, nosotros— de que nunca existieron.  
Te digo que me tumbo boca abajo, te digo  
que tú también hundas tu rostro en esa  
superficie de plástico erizado, por si nos contagia  
algo de su perfección fabril, por si le inoculamos  
algo de lo quebradizo de nuestros huesos,  
o simplemente, por si se ve algo, acaso submarino,  
bajo esa epidermis sintética. Te digo  
que rodemos hasta quedar de espaldas al suelo  
para especular juntos sobre la veracidad de la nube,  
para descifrar juntos el pantone del cielo de la tarde,  
para intentar hallar juntos el copyright del aliento.  
Entonces me miras, me dices de lugares, no lejanos,  
donde la hierba es cierta, fractal y despiadada,  
como sólo puede ser la hierba prometida. Te digo,  
mientras con una mano toco tu rostro  
y empeno la otra en el trabajo imposible  
de arrancar del suelo un puñado de hierba  
artificial, que no debería haberme mostrado  
tan ingrato con la alfombrilla de la entrada  
de tu casa.

*fuego amigo*

**Duermo todas las noches, toda la noche,**  
con un auricular conectado  
a un minúsculo aparato de radio.

Toda la noche, todas las noches,  
escucho cosas mientras duermo: programas,  
entrevistas, música, anuncios, silencio...

Al día siguiente sé cosas que ignoro saber.  
Sé cosas que no sé por qué las sé.

Así que me enteraré del fin del mundo  
unas horas antes que todos vosotros.

Aunque no sepa por qué lo sé.  
Aunque no sirva de nada.

**Eres un mar**

de agua salada  
encerrado  
bajo un envoltorio  
de piel.

Convive con una  
hoguera encendida  
entre las costillas,  
que quema  
los restos  
de los naufragios.

Y todo depende  
de si abrimos  
mucho la boca  
y la corriente  
de aire  
aviva el fuego,  
o si le gritamos  
a la luna  
y la marea  
lo inunda.

En ese minúsculo  
equilibrio  
nos andamos.

Casi siempre ganas,  
mar.

**Hay quien rebusca,**  
con los brazos desnudos,  
entre las zarzas,  
para recuperar su moneda.  
Hay quien deja a un lado  
el milagro de las moras  
y compra con gusto  
los arañazos en su piel.

Hay quien dice  
que las moras germinan  
—rojas primero, negras  
al calor de las tardes  
del verano— de las gotas  
de sangre prendidas  
en las espinas.

Hay quien —tú y yo,  
sin ir más lejos—,  
por pequeña que sea,  
siempre arroja una moneda  
cuando pasa cerca  
de un zarzal.

**Los descampados están en peligro de extinción.**

Ya casi no quedan, en mi barrio, ni en mi cabeza,  
de esos reductos ocupados a tres turnos:

por la mañana los niños enterrábamos,  
a los pies de la morera, todos nuestros tesoros;  
las tardes, los tresillos de los tubos de hormigón,  
eran para los bisnes de los yonkis; las hierbas  
junto al muro, el dormitorio del loco  
de la capucha roja, y de las lagartijas.

Algún dios decidió levantar en ese solar  
un edificio gris y feo, donde ahora  
esa mujer tiende el morse impúdico de su colada,  
y nos expulsó a todos de nuestro paraíso.

Les cuento a mis hijos todo eso, cuando pasamos  
cerca de un descampado. No me creen casi nada.

Y hacen bien.



**Lo normal es que mis huellas se hundan**

profundas en el barro, cuando camino.

Cuestión de esa gravedad agravada

en la maldita tierra por la bendita lluvia.

Tendrá algo que ver, también, mi tamaño

y el tamaño de las suelas de mis zapatos.

Por eso me gusta pensar en ratos ligeros,

en carcajadas llenas de aire, en tormentas

libres de todas las arenas movedizas.

Por eso camino siempre que llueve, por eso

es siempre firme el suelo mientras lo escribo.

Luego, aunque todo haya temblado a mi paso,

sacudo el barro de mis botas y anoto

el lugar al que llegó mi línea de flotación.

**Fui capaz de lluvia de cinabrio**

en la mordedura de tu labio.  
Fui, también, cata venenos,  
praegustator de bilis y de lágrima.  
Fui agrimensor de la llanura  
entre tu ombligo y tu pubis. Fui  
cartógrafo de las sombras  
que imprimías en el pasillo.  
Fui síntesis de tu sueño  
y de mis miserias en el pliegue  
urbanizado de tu carne.  
Fui simetría armónica  
de un gemido que huía  
por el patio de vecinos.  
Tú fuiste la mandíbula tensa  
en el gesto crispado,  
los nudillos encrespados del espasmo.  
Fuiste marea alta derramándote  
en las laderas. Temblor y grito,  
fuiste, y estremecimiento  
de aterrizajes y techos.  
Fui. Fuiste.

Somos.

**Igual que se cruza el tiempo contigo**

si te capturo un poco en una fotografía  
—aislando infinitos todos los instantes  
anteriores, todos los después posibles—  
se congela el metrónomo y el espacio  
cuando exhibes tu silencio imperativo.

De la misma manera que el píxel  
se cuartea de cerca y se amalgama  
en la distancia, el *sfumatto*  
de la ausencia se vuelve indómito y felino.

Luego, los trenes siguen horadando  
túneles, las lavadoras centrifugan días  
y los muebles se quejan con los cambios  
de temperatura, como los hielos del vaso.

Y casi nada de eso pasa si vienes.

### **Encender una cerilla en un cuarto oscuro**

—rascar, oler el vapor del fósforo, entornar  
los ojos ante el halo— acaba siendo  
una fenomenología de las sombras.  
Un tratado sobre el claroscuro.  
Luego se torna un duelo  
entre el fuego que avanza por la madera  
y los dedos que la sostienen.  
Y la llama gana a la yema,  
aunque la yema no ceda.

Levantarse cada mañana se parece a ese armisticio  
entre la llaga y la carbonilla.

También se asemejan una sierra mecánica  
desbrozando las ramas y las pestañas  
—gasolina y estruendo y cadenas de aristas—,  
o una cortadora de fiambres rebanando, metálica,  
brillante y circular, los destellos  
que escupen el día y la persiana,  
a un ensayo dubitativo sobre la difracción  
de la luz.

Así, para firmar ese convenio entre yo y la mañana,  
precisaré de una máquina de escribir con cuchillas  
en lugar de grafías y vísceras por papel.  
Además de un mecanógrafo tan enfurecido  
como los días sin verte. Y de un bolígrafo cualquiera.

Al fin y al cabo...

si cada día es un día soleado  
¿qué diablos es un día soleado?

**Tal es tu dilema, fuego amigo,**

la discrepancia de los labios  
hasta cuando la espuma de la saliva  
se incendia y se propaga.

Tal es, fuego amigo, tu amenaza,  
cuando las palabras son antorchas  
invaden las copas de los árboles  
y las ropas colgadas en los tendederos,  
y el silencio yesca y viento seco.

Fuego amigo, tal es tu parsimonia  
inexorable de piedra en diamante,  
de hueso en polvo, que devora  
e ilumina, robando oxígeno  
de los pulmones de los transeúntes.

Tal es tu condena, fuego, amigo:  
el crepitar de los sarmientos  
y sus dedos negros señalando  
los caminos cambiantes del humo.  
Eso, y tu miedo a la metralla  
de la lluvia, que derriba las pavesas,  
que inunda brasas y ahoga cenizas.

¿cuál sería, fuego amigo, tu pena,  
si ya nunca más lloviera?

**El sol se ha detenido en mi nuca.**

Mi sombra se ha detenido en la acera.  
Desconozco si yo he de detenerme  
—elefante de diez toneladas atado  
con un cordel finísimo, oso dejándose  
una zarpa en el cepo con tal de liberarse—  
o trasladar mi sombra por las calles  
hasta que el sol reanude su marcha  
de piedra incandescente. Desconozco  
si seguir orbitando esa piedra, o parar.

Llevo bajo el brazo una barra de pan  
y he mirado por encima del hombro  
cuando sacaba dinero en el cajero automático.

El sol sigue ahí, mi sombra sigue ahí;  
una bola de fuego calentando el agua  
que tengo dentro, expulsando el exceso  
por la sien y por el cuello. Y el odio.

### **Un libro ardiendo**

—este mismo libro ardiendo—,  
un ejemplar que se hiera  
y que hiera incluso  
a quien lo sostiene,  
a quien no lo lee,  
si se aproxima  
lo suficiente. Un fuego  
como animal de compañía.  
Un fuego de infantería  
infantil, que no arde  
lo bastante para contagiar.  
Un fuego que ilumina poco.  
Un fuego líquido bajando  
por todas las gargantas,  
templando los genitales  
y destensando los tendones.  
Un fuego festivo, de éste  
y de todos los libros ardiendo.

Un fuego amigo  
de sus amigos.



### proposición

Antares es una piedra ardiendo  
que vemos desde nuestra burbuja,  
a quinientos cincuenta años luz.  
Me gustaría poder medir esa distancia  
en saliva o en barras de pan.

### posibilidad

Si estuviera a la distancia del sol  
el fuego de Antares nos reduciría  
a vapor. Y si este dato es falso  
resulta irrelevante en cuanto  
a su resultado.

### materia

Ni un uno por ciento de la población  
es capaz de hallar la cola de Escorpio  
en el cielo. Por eso, si se aproximase  
lo notaríamos —un instante antes  
de sublimarnos junto con nuestro triste  
planeta— por el súbito calor, y por  
la inmensidad de su luz. Eso no va a pasar,  
pensamos aliviados. A no ser que...

### consecuencia

Entretanto, tal vez sea una buena idea  
pedir asilo político en Antares.  
Y en su lumbre. Antes de que se nuble.

**Mi obsesión crepita**

en el fervor concéntrico  
de los anillos.

Sé que el centro será  
lo último en arder.

Como la leña.

A no ser que el fuego  
provenga de ese centro.

Como en el sistema solar.

O en las despedidas.

**Ella enciende un cigarrillo, mientras inclina**

su cabeza hacia atrás. Yo mantengo  
la mirada fija en su boca, y en la llama  
del encendedor.

Pienso en la memoria del fuego. Pienso  
si acaso esa hoguera portátil  
—que ahora deja abandonada sobre la mesa—  
no contenga y comparta la historia  
universal de todas las lumbres  
que nunca fueron.

Ahora miro la brasa bailando en el extremo,  
cuando ella ahueca las mejillas. Pienso  
en el contagio y en la propagación  
y en el proceso mismo de la extinción  
junto con la de todos sus habitantes. Pienso  
en el ascua minúscula como semilla  
de un fuego y de todos, que guarda en su luz  
la autobiografía del vuelo de la pavesa.

Se levanta, exhala una última bocanada de humo.  
Apaga ahora la colilla: círculos en la ceniza...  
... y en sus ojos prende un rescoldo capaz  
de incendiar el mundo entero.

**Las niñas se convierten en mujeres,**  
las manos en sarmientos. Y los árboles  
en guitarras.

Luego, el tiempo y el fuego  
ya se encargan.

## *índice*

<i>bicicleta estática</i> .....	4
<i>simulador de vuelo</i> .....	29
<i>air guitar</i> .....	46
<i>hierba artificial</i> .....	64
<i>fuego amigo</i> .....	68